

OVNILOGÍA y CULTURA NACIONAL

Jorge R. Bermúdez

Profesor de Arte y Comunicación

Universidad de La Habana.

Presidente de la Cátedra de Gráfica

Conrado W. Massaguer de dicha universidad.

I

Vivimos en el espacio. La Tierra es una nave espacial más; sus recursos son agotables. Asistimos a un momento excepcional de la historia de la humanidad, sólo homologable con aquél que precedió a la llegada de Cristóbal Colón a playas americanas. El descubrimiento de un continente entre Europa y Asia, era la parte que le faltaba al mundo para completarse. Sólo entonces la Tierra se hizo redonda. Y Jerusalén nunca más fue el centro de los mapas, ni el territorio europeo el único habitado del planeta. Esta fue la noticia más importante que ha registrado la historia de los medios de comunicación. La otra, sin duda, será la que dé como cierta la existencia de vida inteligente en otro planeta o la presencia en el nuestro de alienígenas.

Primero la América fue una evidencia estéticamente pensada; después, una evidencia científica. Antes del descubrimiento, ella preexistió en muchas leyendas orales y escritas, por las cuales se fue preparando moral y psicológicamente el hombre del medioevo para la gran aventura transoceánica y, más tarde, para aceptar y coexistir con otras culturas igualmente inteligentes, pero distintas a las suyas. La subjetividad previó lo objetivo, el sentimiento se anticipó a la razón. Sobre bases enteramente intuitivas, referencias casi siempre vagas sobre otras tierras «allende los mares» y dos o tres testimonios de primera mano sobre el comportamiento de las corrientes marinas y los vientos, inició Colón su travesía desde San Sebastián de la Gomera, en Islas Canarias, última tierra conocida, hasta Guanahaní, en las Lacayas o Bahamas.

Sobre bases igualmente intuitivas y miles de testimonios relacionados con objetos volantes no identificados en todo el mundo, la humanidad toda, como corresponde al nuevo proceso de globalización, se viene preparando para aceptar la existencia de vida inteligente fuera de nuestro planeta y sistema solar. Tales civilizaciones existen ya en nosotros más como evidencias estéticamente pensadas que como evidencias científicas –aunque no faltan del todo–. También la ciencia tiene por superobjetivo de sus búsquedas interplanetarias e intergalácticas propósito parecido. En la cacería de vida extraterrestre desatada por los científicos, no son pocos ya los telescopios y radares que apuntan hacia las estrellas. Se busca el delicado sonido de una flauta en el estruendo de una catarata. Todos sabemos que en algún momento de su existencia futura la raza humana dejará esta habitable gota de rocío, para internarse en el «mar desconocido» del espacio, a la búsqueda de nuevas tierras que poblar. Causa esta última consustancial a la especie desde la más remota antigüedad. Desde la caverna a la galaxia, podría titularse el primer artículo periodístico o libro que trate sobre este nuevo ciclo del gran proceso civilizatorio humano. Sin embargo, hay otra causa igual de probable en relación con tal aventura, aunque perturbadora para todo el género humano: la necesidad

de abandonar el planeta antes de que colapse, como resultado del uso irracional de sus recursos. Los sabios de tiempos inmemoriales sabían que donde hay creación hay destrucción. Los de hoy, en particular, aquellos que están al servicio de los grandes centros de poder, se amparan en su estatus científico para asegurarle a los pueblos una durabilidad del tiempo ajena a la propia naturaleza de la vida: el movimiento. Tal posición también va en contra de la propia naturaleza de la ciencia, dado que ésta es un sistema en permanente auto corrección. En condiciones tan nefastas como apreniantes, es de inferir que ese Nuevo Mundo hacia el cual navegarán los más afortunados o infortunados del planeta —según el caso—, nacerá lastrado por las improvisaciones y rutinas que traerán aparejadas tales urgencias migratorias y, quizás, hasta por las diferencias y jerarquías impuestas por ideologías clasistas, tal y como ha venido sucediendo desde los comienzos del tiempo histórico en la Tierra. Dicho en términos más llanos, llegada la fatídica pero —por suerte— todavía hipotética hora, cabe la posibilidad que se queden «en tierra» los más pobres y se vayan al espacio los más ricos. ¡Los nuevos dioses alados! Los proyectados viajes de turismo a nuestro satélite natural y otros planetas del sistema solar, como es notorio, ya tienen en cola a algunos multimillonarios. Se plantea que el centro de despegue se ubique en el estado de Nuevo México. Este puede ser un caso entre muchos otros, pero ejemplo al fin del posible componente social a salvarse desde una perspectiva acendradamente elitista del esbozado éxodo, a falta de recursos de transportación más amplios que beneficien a todos. (Los sucesos ocurridos en Nueva Orleans con el paso del huracán Katrina en septiembre de 2005, de hecho, prefiguran a escala nacional una catástrofe a escala planetaria.)

Cristóbal Colón, acogido símil de este texto, recurrió a presidiarios para completar las dotaciones de sus carabelas, con la vaga promesa de una dudosa libertad a cambio de los peligros que afrontarían por rutas desconocidas. Esperemos que los futuros viajes de descubrimiento transcurran en «años luz» de paz y prosperidad, y favorezcan a lo mejor de la sociedad, no sólo para una existencia terrícola más plena, sino también para una existencia fuera del planeta verdaderamente digna de la humanidad que la creó. Confiemos en la cordura humana, en su capacidad para superar toda contingencia histórica y natural, de forma tal, que los nuevos ciclos civilizatorios asumidos por la especie en los mares del espacio transcurran también dentro de los límites humanos permisibles al conocimiento, el entendimiento y la solidaridad.

II

La literatura y el cine de ciencia ficción, el arte en sus más disímiles manifestaciones (pinturas, grabados, fotografías), junto a decena de miles de testimonios y entrevistas a personas que han tenido experiencias con OVNIs y alienígenas —las otrora leyendas sobre islas flotantes de que nos hablara Plutarco y las sagas medievales—, hacen el gran *dossier* internacional de nuestros sueños de exploración espacial y, ¿por qué no?, de conquista. Al igual que el descubrimiento, conquista y colonización de América, es posible aventurar en tales viajes espaciales parecidos períodos y procesos sociales, y, en consecuencia, grandezas y miserias

como sólo es posible de encontrar entre los hombres y, presumiblemente, entre algunas razas alienígenas. Pero así como para sobrevivir en un medio desconocido y hostil los conquistadores y colonizadores se vieron obligados a hacerse españoles en América, es razonable pensar que también los hombres se hagan terrícolas en el cosmos, condicionados por nuevas formas de vida natural y artificial y, sobre todo, por una dimensión del espacio tan desmesurada para sus sentidos, que no les quedará otra alternativa que aceptar cuan limitadas habían sido hasta entonces sus nociones de patria, religión y raza. Si no nos reconocemos como humanos ante otros mundos, ¿quién nos reconocerá?

Igual de interesante se presenta la correspondencia entre los mitos pasados y los que hoy asisten a los adeptos a los OVNIs. No hay que tener ya mucha imaginación para comprender que los proyectos de colonización y explotación de parcelas lunares y marcianas, entre otras, y los viajes cósmicos a velocidades mayores que la luz —posible asidero para el ansiado sueño humano de una vida varias veces centenaria—, necesariamente nos remiten a El Dorado y la Fuente de la Eterna Juventud: dos de los mayores mitos novomundistas, en los cuales el conquistador resumió el premio a toda una vida de penurias y crueldades. Sin embargo, la realidad es otra —siempre ha sido otra—. En su poema *Ítaca*, el poeta griego Constantino Cavafi nos transmite el siguiente mensaje: el placer no está en llegar a la tierra del astuto Ulises, sino en la aventura misma que implica encontrarla. Pienso que este es el estado que nos corresponde a todos en el presente. Los mitos, por supuesto, ayudan, son necesarios; diría más, imprescindibles. Los mitos son el cultivo primero de las verdades de la humanidad. Pero más que cualquier culto de salvación que pueda venir del espacio exterior, debe predominar en nosotros el placer de la búsqueda... de la aventura que implica toda búsqueda de la verdad. De forma tal, que llegado el día, estemos preparados ética y estéticamente para empinarnos a la altura de los acontecimientos, como corresponde al legado depositado en cada uno de nosotros por miles de años de cultura humana.

Los medios de comunicación, por otra parte, han activado este proceso como nunca antes en la historia de la humanidad, tal cual sucedió con la invención del papel, la xilografía y la imprenta para el europeo de la época de los grandes descubrimientos. En no pocos obras pictóricas del Renacimiento y el Barroco —estilos que coinciden cronológicamente con el descubrimiento, conquista y colonización de América—, vemos que las paredes de los ambientes interiores representados por los artistas están literalmente tapizadas con mapas y cartas náuticas de los nuevos territorios y rutas descubiertas. Verbigracia, algunas pinturas del holandés Vermeer de Delft. Hoy día, sucede otro tanto, aunque por otros medios visuales. Vemos, por ejemplo, como los actuales ambientes arquitectónicos representativos de determinados hogares, instituciones y dependencias oficiales de aquellos estados inmersos en la carrera espacial, sustituyen cada vez más los mapas y cartas náuticas de sus respectivos territorios, por fotografías de los mismos tomadas desde el espacio. Este proceso a nivel más general obra también en los filmes noticiosos, documentales y de ficción concebidos en las últimas décadas. Tampoco han faltado programas de computación que han introducido en el cotidiano de vida de muchas personas idéntica percepción espacial en relación con el territorio que habitan. Sin obviar el mapa del universo, en el que se destaca el lugar hipotético donde se ubica la Tierra. Como se ve, el punto de vista cambia —y cambiará mucho más en los próximos años— y, por

consiguiente, la visión de lo representado, dándose otra dimensión de nuestro planeta y del lugar que ocupa en el espacio, con la cual empieza a familiarizarse el hombre común, después de más de cuarenta siglos de observarlo no más allá de sus narices.

Desde las novelas de Julio Verne hasta la emisión radial de *La guerra de los mundos*, por Orson Welles, va un período mediático que, en más de un sentido, fue preparatorio en lo formal y conceptual del que llegaría con el cine sonoro, la televisión y el video, sin obviar los nuevos medios de comunicación que sobrevendrán en breve tiempo. Un buen ejemplo: si la fotografía propicia los primeros testimonios visuales sobre OVNIs, el vídeo, dado que conjuga la imagen cinética con la manualidad de la cámara que la capta y transmite, elevó a un rango visual superior la credibilidad del testimonio, independientemente de su aceptación o no por los destinatarios. Este proceso se hace aún más evidente al cotejar los avances tecnológicos operados en medios tales como el cine y la televisión a partir del final de la segunda guerra mundial y los hechos que por esta época darían inicio a la etapa propiamente contemporánea de la historia de la ovniología; notablemente, los casos de los pilotos norteamericanos Thomas Mantell y Kenneth Arnold, y el incidente de Roswell.

III

En el filme norteamericano *Contacto* (1995), basado en la novela homónima de Carl Sagan, una niña, luego de contemplar la noche estrellada, le pregunta a su padre: «¿Existe vida en otras partes del Universo?». Y éste, sin pensarlo dos veces, le responde: «¡Claro que sí! De lo contrario sería un desperdicio muy grande». Hoy por hoy, pienso, son más los que se identifican con esta respuesta que los que la niegan. Sin embargo, nada puede adelantarse en tal sentido, en tanto no se tengan pruebas lo suficientemente irrefutables, como para que los medios las hagan llegar a cada hogar como comunicados oficiales. Pongamos por caso la imagen de un alienígena bajando de su nave o platillo, luego de dejarla parqueada al lado de un número de automóviles. Incluso, para los incrédulos, sería necesario que le diera una propina al parqueador. Lo extremo del ejemplo está en relación directa con la importancia de la prueba. En tanto, quedan todos esos testimonios y experiencias que desde las edades del Antiguo Testamento hasta nuestros días, hablan a favor de un sentimiento —llamémoslo así, por el momento—, que parece más homologar a los que lo sienten con una grey de creyentes, fanáticos y lunáticos, que con ciudadanos —profesionales o no— de intachable conducta, que creen ver en los cielos de sus respectivos países las primeras señales de un nuevo día del hombre. ¿Serán estas las bases de un nuevo cambio en la conducta humana? Bien necesitado que estamos de ello.

Las pruebas a favor del fenómeno OVNI, por el momento, se mueven en un campo puramente especulativo. Puede decirse que igual de especulativa es la ciencia cuando quiere dar una interpretación sobre dicho fenómeno o negarlo; pero al hacerlo no se desdice. El margen de error de un ufólogo siempre será mayor al de un científico, porque cualquier testimonio o análisis sobre el fenómeno por parte del primero, generalmente, se moverá en el rango propio de la pseudo ciencia, incluso del misterio —no hay porque temerle a la palabra—, en tanto no ocurra la noticia o prueba en contrario... Lo que en humor *UFO* se traduce como «la tuerca» de la nave.

En ningún otro tema la aldea local y la global, son más aldeas. De ahí la muy particular interpretación del fenómeno por parte de Gabriel García Márquez: «Seguimos viendo con la boca abierta esos discos luminosos que ya eran familiares en las noches de la Biblia, y seguimos negando su existencia aunque sus tripulantes se sientan a almorzar con nosotros, como ocurrió tantas veces en el pasado, porque somos los habitantes del planeta más provinciano, reaccionario y atrasado del Universo». No pocas veces la ficción ha precedido a la ciencia, la imaginación al cálculo. Un científico sin imaginación, difícilmente haga algo trascendental para la humanidad. José Martí, en plena madurez intelectual, afirmó ver más poesía en la ciencia que en la propia poesía. Para Albert Einstein la imaginación era más importante que el conocimiento. Y, en efecto, es así. Digamos, mejor, que la ciencia se espiritualiza. El origen del Universo, según la última de las teorías aceptadas, la del Big Bang, cada vez se acerca más al índice poderoso con que Miguel Ángel representó la creación del Hombre en la bóveda de la Capilla Sixtina. Y la Eva mitocondrial a la del Paraíso bíblico, aunque con menos curvas. No porque la validez de un trabajo científico parta de su verificación en la realidad objetiva, deja de ser una actividad de imaginación, de creación, con su correspondiente cuota de riesgo y, ¿por qué no?, de burla. La investigación científica más experimental o de vanguardia ha sido siempre la encargada de hacer avanzar la ciencia, a despecho, por lo general, de la más ortodoxa u oficial —otrota, la de vanguardia—, ya institucionalizada y, por consiguiente, adscripta al discurso del poder de lo establecido. Su evolución, en este sentido, es parecida a la del arte. Hace unas décadas, la ciencia sólo admitía la existencia de vida allí donde hubiera oxígeno y llegara la luz solar. *¡Eppur si muove!* Hoy día, las últimas investigaciones oceanográficas han puesto en entredicho este modelo único de vida, al demostrar la existencia de grandes colonias de seres vivos alrededor de las grietas hidrotermales del lecho marino. A estas grietas, entre 2.600 y 3.000 metros de profundidad, no llega la luz solar; mientras que su origen volcánico hace hervir el agua a altísima temperatura y expeler sulfuro de hidrógeno y metano, sustancias altamente tóxicas en nuestra atmósfera, creyéndose —hasta ahora— impensable cualquier rastro de vida. Esta evidencia ha hecho a los científicos involucrados en la carrera espacial, siempre alertas ante cualquier forma de vida extraterrestre, mirar con otros ojos la congelada superficie de Europa, satélite de Júpiter. Pero no hay que esperar por ellos ni ir tan lejos. Estos dos datos hablan por sí solos: el cangrejo que cohabita con nosotros en las playas, baja hasta las grietas hidrotermales en busca de una dieta más balanceada. Asimismo, en esa abismal profundidad, a dónde sólo con naves especiales ha llegado un número inferior de humanos que los que han volado al espacio estelar, el caparazón de un huevo no se rompe. ¡Qué lástima que Salvador Dalí, tan dado a derretir relojes al lado del mar, como a sembrar las

arenas de huevos milenarios, se haya ido a la tumba sin llevarse este poético dato!
¡O sí!

Tampoco es de obviar la pertinencia que ha tenido el fenómeno OVNI en las relaciones internacionales. De ser el fenómeno invención de mentes calenturientas, como piensa una parte —cada vez menor— de la comunidad científica, ¿qué explicación tiene entonces que el componente profesional más dialéctico y pragmático de la sociedad moderna, los políticos, asuman lo supuestamente inexplicable y sin pruebas, como algo a tener en cuenta para la seguridad internacional? La historia que aquí contamos pasa también por la Organización de Naciones Unidas (ONU). Su prestigio y carácter internacional, y su supuesta imparcialidad en el enfrentamiento ideológico, económico y tecnológico de las dos superpotencias protagonistas de la Guerra Fría, figuran entre las características centrales de la organización mundialista durante este período, que se avinieron con la ecumenización del fenómeno OVNI y las políticas gubernamentales de ocultamiento y / o tergiversación seguidas en tal sentido. De hecho, es un evento OVNI el que involucra a la ONU en el fenómeno. El 18 de septiembre de 1961, el entonces secretario general de la organización, Dag Hammarsköld fallece en un accidente de aviación sobre el territorio de Rodhesia del Sur (actual Zimbabue). Una comisión *ad hoc* para la investigación del accidente, recibe informes de testigos que aseguran haber visto poco antes de la catástrofe un objeto luminoso sobrevolar el avión que llevaba al finado secretario general y a otros quince pasajeros. Según sus testimonios, el OVNI había proyectado «rayos de luz de color verde sobre el avión, para luego seguir en dirección nordeste». A Hammarsköld le sucedió en el cargo U Thant. Impresionado éste por las extrañas circunstancias en que murió su predecesor, llega a manifestar que consideraba a los OVNI como el problema más importante al cual las Naciones Unidas debían hacer frente después de la guerra de Viet Nam. No fueron pocas las iniciativas de orden personal y estatal que se tomaron en el seno de la organización para que hubiese un reconocimiento internacional al fenómeno OVNI. Tampoco fueron menos las presiones y contramedidas tomadas por los Estados Unidos y la Unión Soviética, para evitar en lo posible que el tema se llevara al prestigioso foro internacional. Con todo, se logró que hubiese un reconocimiento internacional por parte de algunos estados, en particular, los del llamado tercer mundo. Si en contrapartida a tales esfuerzos el gobierno de los Estados Unidos presentó el controvertido informe del Comité Condon, la URSS, por voz de su embajador ante la ONU, señalaba que tales eventos «eran delirios de los Estados capitalistas». Estos delirios llevaron al nuevo secretario general de la ONU, Kurt Waldheim, a tomar en consideración todo lo relacionado con tales observaciones a tenor con la importancia creciente que en la política internacional iba teniendo la carrera espacial. El 14 de julio de 1977, Eric Gairy, Primer Ministro de Granada, solicita a Waldheim la inscripción en el orden del día de la XXXII sesión de la Asamblea General el tema: *Creación de un organismo o departamento encargado de acometer y coordinar las investigaciones sobre los Objetos Volantes No Identificados y fenómenos anexos así como definir los resultados obtenidos*. Como colofón, propone un proyecto de resolución donde se decreta 1978 «Año Internacional de los Objetos Volantes No Identificados».

Las relaciones ONU-OVNIs apenas están esbozadas en los anteriores párrafos. (1)
No obstante, lo dicho hasta aquí, permite constatar la relevancia del fenómeno y la

importancia que tuvo —y tiene— para la comunidad internacional. Las figuras citadas, sin duda, tuvieron sobre sus hombros grandes responsabilidades derivadas de grandes momentos históricos. La secretaria de U Thant, por ejemplo, se correspondió con la llamada Crisis de Octubre o de los Misiles (1962), cuando el mundo estuvo al borde de una guerra nuclear. Es notorio, además, que el ministerio de las fuerzas armadas de un país, sea el responsable de su defensa ante cualquier amenaza o ataque proveniente del exterior. ¿Qué curioso que sean tales ministerios los que en las superpotencias y potencias del mundo contemporáneo asuman todo lo relativo al fenómeno OVNI; y, por si fuera poco, la función de «informar», desvirtuando u ocultando —según el caso— cualquier evento al respecto? De ser los OVNIes espejismos de ciertos Estados o personas fanáticas o desequilibradas, ¿por qué entonces tanta autoridad (política, militar, científica, religiosa, etcétera) ante lo que supuestamente «es delirio» de ciento de miles de personas anónimas, es decir, sin autoridad? Un último dato: la Cumbre URSS-EUA celebrada en Reikiavik, Islandia, en octubre de 1986, contempló el tema OVNI como uno de los puntos de su agenda de trabajo. Sobran los comentarios.

A continuación una breve relación de Pares Opuestos de Evidencias (POE), cuya única particularidad consiste en afirmar que ni lo uno ni lo otro puede ser negado:

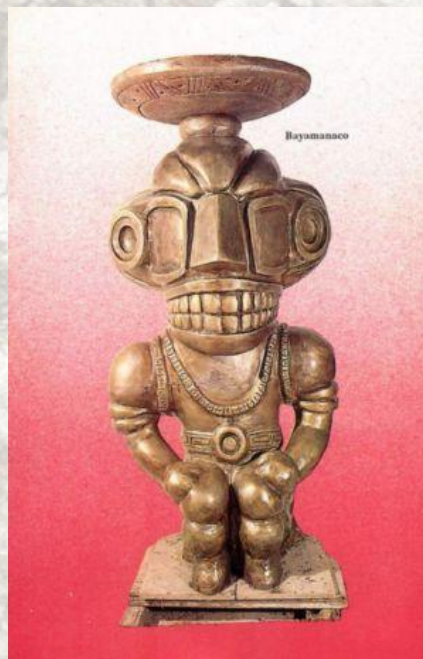
- a) Es cierto que no se ha encontrado una sola prueba material de la presencia de extraterrestres en la Tierra —al menos, divulgado por los medios oficiales—.
 - b) Es cierto que existen testimonios y avistamientos de OVNIes desde la más remota antigüedad
1. Es cierto que los gobiernos —en particular, los de las potencias mundiales— tienen una actitud reticente y prejuiciada ante el fenómeno OVNI. No existe la discusión franca, abierta. Los gobiernos lo llaman Sondas.
 2. Es cierto que los ufólogos y grupos de ufólogos tienen una actitud transparente y desprejuiciada ante el fenómeno OVNI. Existe la discusión franca, abierta. Siguen llamándolos OVNI.
1. Es cierta la existencia de instituciones y proyectos investigativos relacionados con los OVNIes y probables contactos con inteligencias extraterrestres con respaldo económico, tecnológico y científico de las potencias y superpotencias.
 2. Es cierta la existencia de ufólogos y grupos de ufólogos cuyos proyectos investigativos relacionados con los OVNIes no tienen el debido respaldo económico, tecnológico y científico de sus respectivos gobiernos.
1. Es cierta la irrelevancia del fenómeno OVNI para las autoridades oficiales, al menos, en los comunicados dirigidos a las sociedades que gobiernan.
 2. Es cierta la relevancia del fenómeno OVNI en una parte importante de la sociedad contemporánea.

IV

Ya es un verdadero reclamo de nuestra época abordar desde las posiciones de la cultura todo el cúmulo de conocimientos atesorados por el hombre desde la más temprana antigüedad en relación con lo que, en lenguaje contemporáneo, ha dado en llamarse fenómeno OVNI. No por ser considerado una ficción, o en el mejor de

los casos un fenómeno anómalo o paranormal, ha dejado de formar parte, al menos en sus aspectos identitarios regionales o nacionales —según la magnitud del evento—, de las particularidades culturales que hacen la diferencia entre un país y otro. El fenómeno OVNI es ya un fenómeno a escala de toda la humanidad y, por consiguiente, a escala de cada una de las culturas que conforman la historia de esta gran humanidad. Si para los incrédulos puede parecer descabellado hablar de los OVNI, no necesariamente lo es hablar de una ovniología cubana, norteamericana o puertorriqueña, entre muchas otras. De lo que se trata no es de dar testimonio sobre el fenómeno como tal, sino de las claves culturoológicas que tales testimonios traen aparejadas al fenómeno según las particularidades idiomáticas, religiosas, ideológicas, etcétera, de la región o país donde acontece el hecho y de las personas o grupos que dan fe del mismo. En esta perspectiva lo más importante no es lo supuestamente visto o contactado, sino cómo lo supuestamente visto o contactado, en tanto experiencia única, se expresa a través de los rasgos culturales identitarios de una región o nación de la que es el testimoniante, en tanto ser social, legítimo portador. Cuba será nuestro mejor ejemplo.

En Cuba el fenómeno OVNI está asociado a no pocos acontecimientos relevantes de su historia, dando lugar a una ovniología propia. Veamos. En el período precolombino, y al igual que en el resto de América, no son pocos los testimonios orales y escritos que dan fe de la creencia entre nuestros aborígenes de «dioses venidos del cielo», con los cuales fueron identificados los españoles. En carta de Colón a Luis de Sartagel, se lee: «...y creían muy firme que yo, con estos navíos y gente, venía del cielo, y en tal acatamiento me reciben en todo cabo, después de haber perdido el miedo...



'El Dios Bayamanaco'

Hoy en día los traigo que siempre están de propósito que vengo del cielo, por mucha conversación que haya habido conmigo». No menos sorprendentes y poéticos son los mitos y leyendas de los primeros pobladores del archipiélago cubano, como el que da cuenta de Bayamanaco, dios del fuego, al que todos los

demás dioses respetan y obedecen, pues, según Fray Ramón Pané, «juzgan que los demás ciémes son mensajeros del que confiesan que es único, sin fin omnipotente e invisible». Para la investigadora cubana Thelvia Marín, conocer este dios, «es liberarse de prejuicios, para situarlo en el verdadero contexto cosmogónico, que entraña su entrada en el planeta Tierra, en una nave de fuego, procedente del estallido de un satélite perteneciente al astro más brillante del firmamento: Sirio» (2) Otro mito igual de poético es el que protagonizan la diosa Maroya y el joven Arimao, en el contexto propicio de los espacios y campos que circundan la bahía de Jagua (actual Cienfuegos). A los que se suman los testimonios visuales dados por un sin número de pinturas rupestres en toda la Isla, entre los cuales se destaca el de la pictografía 28 de la cueva Ramos, en Cayo Caguane, al norte de la provincia de Sancti Spiritus, por su evidente temática *UFO*, y que ha devenido imagen de identidad de uno de los eventos teóricos sobre el tema realizado en el país bajo el título *Encuentro Cercano*. Es lícito recordar, aunque nos apartemos por un momento de la idea central del presente trabajo, cómo la prehistoria cubana ha sido minimizada, cuando no soslayada por algunos estudios y programas docentes. A lo que se suma el todavía insuficiente trabajo de campo en relación con una más cabal develación e interpretación de la misma. La extinción de estos pueblos no significa en modo alguno la extinción de su cultura. Más del cincuenta por ciento de los nombres que particularizan la toponimia cubana y, en particular, el que nos designa como pueblo, vienen de la lengua que hablaron los primeros pobladores de este archipiélago. Productos como la yuca, el maíz, el tabaco; objetos como la hamaca, la canoa (primer vocablo indígena incorporado al idioma español), el *dujo* (cuyo diseño semeja los modernos asientos plegables de exterior); construcciones como el *bohío* y comidas como el *casabe*, que sirvieron de cobija y alimento al europeo en las etapas primeras de la conquista de América; instrumentos musicales como sonajeros, flautas y tambores; manifestaciones artísticas como danzas (aún presentes en los bailes de algunos cultos sincréticos de la región oriental del país), pinturas rupestres, esculturas y cerámicas (cuyos motivos ornamentales y formas funcionales son reproducidos tanto en objetos de uso doméstico como en el arte para el turista), y hasta el primer modelo heroico individual de nuestra historia, el cacique Hatuey, hacen la herencia viva de los primeros cubanos, como para concederle en nuestros estudios un interés mayor y un lugar más señalado. Esta es la verdad que trasciende del más reciente hallazgo literario de nuestra lengua, el poema *La Florida* (1598-1599), del fraile franciscano Alonso Gregorio de Escobedo, que antecede en una década a *Espejo de paciencia* (1608). (3) En este poema, contrariamente a lo que se pensaba hasta ahora, se cuenta que nuestros aborígenes adoraban el Sol, la Luna y las siete estrellas principales de las Pléyades, y se hincaban de rodillas ante el arco iris, en gesto de gracia al dios de los siete colores, en tierra de huracanes, heraldo del buen tiempo.

Es con la conquista del territorio insular y la heroica resistencia del cacique Hatuey, que tiene su origen el mito iniciático y mayor de la ovniología cubana: la Luz de Yara. Capturado y condenado a morir en la hoguera en el lugar conocido por Yara (actual provincia de Granma), como consecuencia de su rebeldía y de la negación del cielo que le prometiera el conquistador, convertida en ceniza y humo nacería la luz. Desde entonces a la fecha son numerosos los testimonios sobre su presencia. El avistamiento de mayor trascendencia histórica se afirma que ocurrió, precisamente, en Yara, tres siglos después del suplicio de Hatuey, con el levantamiento armado que dio inicio a la lucha del pueblo cubano por su

independencia de la metrópoli colonial. Según cuenta Luis Victoriano Betancourt en el periódico mambí *La Estrella Solitaria*, del 10 de octubre de 1875, ese histórico día, pero de 1868, el alma de Hatuey, hecha luz, bajó de las lomas a señalarle el camino de la libertad a los bravos seguidores de Carlos Manuel de Céspedes. Uno de los regimientos elites del Ejército Libertador, se llamó Luz de Yara. También una de las logias masónicas cuya membresía estaba constituida por simpatizantes de la independencia de Cuba. La descripción más generalizada del fenómeno la presenta como una luz que baja de las lomas y a la altura superior de un hombre se traslada, luego se fragmenta en varias luces y, finalmente, al unirse con gran estruendo, vuelve a convertirse en una sola luz. Todos los testigos coinciden en que es inocua. La Luz de Yara se ha mantenido en nuestra cultura gracias a la tradición oral de las comunidades rurales del oriente de la Isla. Mientras que el primer testimonio escrito que se conserva sobre el avistamiento de un OVNI, fue dado a conocer por la primera de las publicaciones literarias editadas en Cuba, el *Papel Periódico de La Habana* (1790). Relacionada siempre con el despegue de la literatura cubana en la Colonia, con frecuencia se olvida que fue también el *Papel Periódico...* la primera publicación periódica cubana en divulgar materiales de carácter utilitario y científico. Dentro de este último perfil, el número correspondiente al 18 de diciembre de 1796, recogerá tal hecho bajo el título *Descubriendo un meteoro*, como muestra evidente de un fenómeno desconocido que no se le supo dar otra explicación. He aquí fragmentos del testimonio dado por el testigo ocular en el citado artículo: «seguía un curso lento de oriente al poniente, aparentemente, como un farol regular, de elevación a la altura de un hombre. (...) Creí que era un globo aerostático, pero acercándome, los pequeños rayos que despedía, ya comprimiéndose, ya dilatándose y sobre todo su proximidad, me hicieron conocer que no era un rayo de luz contenida en un cuerpo diáfano, sino una llama libre expuesta a las imprecisiones del aire». También en diciembre, pero del 1800, el llamado segundo descubridor de Cuba, el sabio alemán Alexander Von Humboldt, dará fe en su diario de un fenómeno OVNI avistado en la costa sur occidental de la Isla de Pinos (actual Isla de la Juventud), días antes de concluir la travesía iniciada en Cartagena de Indias, Colombia, con destino a La Habana. Y en 1820, a la edad de diecisiete años, nuestro Poeta Nacional, José María Heredia, al concebir su gran poema americano *En el teocalli de Cholula*, no sólo deja para la posteridad una de las obras más admirables de la literatura romántica en lengua española, sino también el testimonio poético más sintético y sublime de lo que hoy día damos en llamar *paleocontacto*, (4) al mostrarnos pasado, presente y futuro de nuestro planeta, ¡en sólo seis versos!:

Todo parece
por ley universal.
Aun este mundo
tan bello y tan brillante que habitamos,
es el cadáver pálido y deforme
de otro mundo que fue...

Hasta el presente la crítica le ha reconocido al notable escritor Augusto Monterroso la autoría del cuento más corto de la literatura en lengua española. Si admitimos este dato por el sentido y trascendencia del contenido vertido en un mini espacio-tiempo literario, es probable que la síntesis en prosa del guatemalteco no aventaje a la versificada del cubano. Pero lo de Heredia con la ovniología no queda ahí. En otro de sus poemas antológicos, *Al Océano*, leemos:

Por ti, férvido Mar, los habitantes
De Venus, Marte, o Júpiter, admiran
Coronado con luces más brillantes
Nuestro planeta, que tus brazos ciñen,
Cuando en tu vasto y refulgente espejo
Mira el Sol de su hoguera inextinguible
El áureo, puro, vívido reflejo.

Una vez más la imaginación se adelanta a la verificación científica. En estos versos Heredia se anticipa siglo y medio al astronauta soviético Yuri Gagarin, primero en darnos una visión de nuestro planeta desde el espacio. Como es notorio, antes de Gagarin, creíamos que la Tierra se veía desde el exterior tal y como se representaba en los globos terráqueos al uso en las escuelas. El hombre común y el de ciencia, obvió así, con pasmosa ingenuidad, que mares y nubes hacían la función de un «vasto y refulgente espejo» ante la luz solar. Y, por si fuera poco, para expresar esta visión o experiencia poética, Heredia se ubicará en los tres planetas más controvertidos de los últimos tiempos en cuanto a sus probabilidades de vida pasada, presente o futura, convirtiéndose él mismo en alienígena.

Numerosos han sido los testimonios recogidos en periódicos y revistas provinciales y nacionales relacionados con el fenómeno OVNI en la Isla. Al igual que en otras partes del mundo, estos hechos alcanzaron un despliegue informativo mayor después de la segunda guerra mundial, cuando lo siempre visto desde la más remota antigüedad y plasmado en cuanto testimonio oral, escrito o pintado ha creado el hombre, empezó a llamarsele *platillos voladores*, en alusión a la forma de plato con que Kenneth Arnold describió la formación de nueve OVNI's avistados por él el 24 de junio de 1947, cuando en su avioneta particular sobrevolaba el pico Rainier, en Mount Rainier, estado de Washington, Estados Unidos. Aún la prensa no había agotado los espacios informativos relacionados con este notable suceso, cuando, días después, ocurrió otro aún más enigmático y polémico. En la base del comando aéreo estratégico de los Estados Unidos, cercana a la localidad de Roswell, estado de Nuevo México, se reportaba la caída de un OVNI. Era el 8 de julio. 24 horas más tarde, el general Ramsey, comandante del octavo batallón aéreo y responsable de la base, informaba a los medios, que tras examinar los fragmentos recogidos, estos habían resultado ser los de un globo meteorológico. Los restos fueron presentados a los periodistas y divulgados por los medios. Desde entonces a la fecha, esas mismas fuentes oficiales han venido negando sistemáticamente el fenómeno OVNI, alegando que no representa una amenaza para la seguridad nacional y, mucho menos, que tenga un origen extraterrestre. Sin embargo, para tales círculos militares ambos hechos no podían menos que relacionarse con otros ocurridos años atrás y que, como consecuencia de la guerra, habían pasado a un segundo plano de interés cuando no inadvertidos para la opinión mundial. Dos ejemplos cercanos serían los relacionados con avistamientos de OVNI's durante la Guerra Civil española (1936-1939) y la segunda guerra mundial (1939-1945). De la primera de las guerras ya los cuerpos de inteligencia de las potencias de la época tenían información de civiles y militares que habían observado ciertos objetos anómalos o inexplicables sobrevolar las ciudades españolas y los campos de batalla. El desarrollo alcanzado por la aviación durante la segunda guerra mundial, amplió tales testimonios, cuando los propios pilotos

fueron testigos de ciertas esferas luminosas, de apariencia metálica, que les hacían compañía durante sus misiones de ataque. Denominados en un principio *kraut fireballs* y más tarde *foo fighters*, tales esferas fueron del interés de la inteligencia militar de los ejércitos aliados y los del Eje, atribuyéndose unos a otros su fabricación bajo el supuesto rubro de armas secretas. El alto mando alemán, incluso, ordenó crear una comisión especial para su estudio. No es de extrañar, pues, que con el testimonio de Arnold y, sobre todo, con el suceso de Roswell, la inteligencia militar norteamericana, aun cuando desvirtuara el hecho, asumiera directamente el fenómeno, para convertirse en el primer ejército de un Estado en abordar el tema oficialmente en los medios de comunicación. Esta singularidad se vio favorecida por dos circunstancias: ambos eventos ocurrieron en territorio norteamericano y en plena Guerra Fría. Esto explica, por último, la repentina actualidad y popularidad alcanzada por el fenómeno OVNI en el hemisferio occidental primero y, sólo después, en el resto del planeta. El coincidente desarrollo del cine y la televisión harían el resto. A los filmes del oeste le siguieron los espaciales. El clímax llegó en los 50. El barraje informativo de los medios, en particular, de revistas y periódicos sobre avistamientos de OVNI y contactos con extraterrestres fue tal, que Alejo Carpentier, por entonces colaborador de *El Nacional* de Caracas, cayó en cuenta que los tres «aerolitos» vistos por él a las 10 y 20 de la noche del 23 de agosto de 1948, mientras navegaba Orinoco arriba sobre la barcaza *El Caribe*, habían sido platillos voladores. El entrecomillado no es gratuito. Es de sumo interés constatar cómo la percepción del fenómeno OVNI ha estado condicionada siempre por el desarrollo científico y tecnológico de la humanidad, por más que algunos lo nieguen. Expliquémonos con los casos hasta aquí comentados. Si la Luz de Yara no es más que una luz para el ámbito rural de inicios del siglo XVI cubano; para el artículo del *Papel Periódico de La Habana* dicha luz o llama es un «meteorito», dándole así carácter científico al testimonio que reproduce sus páginas en correspondencia con el espíritu racionalista predominante en la publicación insignia de la ilustración cubana y del público lector suscrito a ella. Alejo Carpentier, no menos devoto del iluminismo francés que los lectores del *Papel Periódico...* habanero, llamará también «aerolitos» a los OVNI motivo de su avistamiento y, sólo cuatro años más tarde, o sea, en 1952, cuando este fenómeno se hace tan popular e internacional como para sentirse seguro de su experiencia, los denominará *platillos voladores*. Su interés por el tema fue total. Así lo ilustran los cuatro artículos que escribió para su columna Letra y Solfa en *El Nacional* de Caracas, dos de ellos con fecha 23 de mayo y 17 de agosto de 1952, y los dos restantes sin fechar. Así, también, los títulos que les dio: *Los platillos no son una novedad*, *Un filósofo ante los platillos*, *Plutarco y los platillos* y *Platillos sobre el Orinoco*. Justo en el primero escribe: «en estos días nos encontramos divididos en *platillistas* y *anti-platillistas*». Está de más decir de qué lado estaba el novelista. Los títulos hablan por sí solos. La limitada divulgación de estos cuatro artículos desde su publicación en 1952, es una evidencia palpable de los prejuicios existentes todavía sobre el tema, aun cuando el más universal de los escritores cubanos del pasado siglo fuera un connotado *platillista*. Si con los testimonios relacionados con la cultura aborigen de la Isla, la Luz de Yara y la no menos «luz» del *Papel Periódico de La Habana*, la ovnilogía expresaba su forma muy particular de identificarse con los períodos primeros del acontecer histórico cubano (precolombino, descubrimiento, conquista y colonización), con los de Carpentier daba los primeros pasos hacia la consecución de una identidad

literaria, que años después refrendaría la obra de Oscar Hurtado y las de otros autores cubanos de ciencia ficción de finales del pasado siglo.

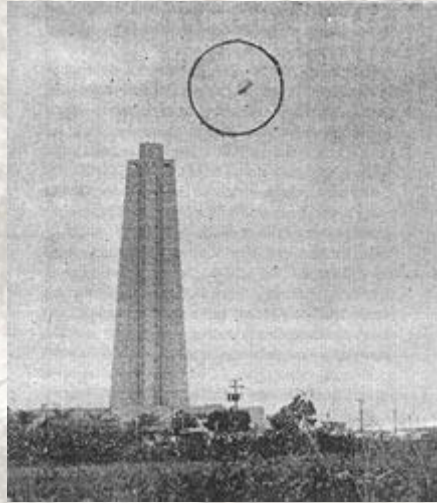
IV

Los llamados «proyectos oscuros» concebidos entre los 50 y 60, y que consistieron en desarrollar prototipos de tecnología altamente sofisticada para la aviación militar de los Estados Unidos, finalmente devino una cobertura desinformativa con respecto al fenómeno OVNI, al dar los medios oficiales de ese país por hecho, que la mayor parte de los avistamientos reportados en ambas décadas se relacionaron con tales aviones experimentales, cuando no eran simples fenómenos atmosféricos u ópticos. De esta forma, se encubrió buena parte de la información secreta en poder de los círculos militares en relación con el fenómeno, a la vez que se daba una respuesta satisfactoria a la opinión pública y a los medios, que durante este período reclamaban una explicación de lo que a diario se observaba en el firmamento del planeta.

Independientemente de los avances tecnológicos propiciados por los proyectos oscuros en la aviación militar norteamericana (velocidades de hasta dos veces superior al sonido, carrocerías triangulares y circulares, despegues verticales, etcétera), las tres características que distinguen el vuelo de un OVNI no se cumplieron, a saber: levitación o flotación de la nave debido al dominio de una tecnología antigravitacional, y ausencia de ruido y de estela en el desplazamiento producto del uso de determinado combustible que no hace combustión al entrar en contacto con la atmósfera terrestre. En consecuencia, cualquier avistamiento que reuniera una de estas características o las tres, nunca pudo ser un prototipo de avión militar norteamericano o soviético, sino un OVNI. Salvo, algún que otro vuelo relacionado con otro proyecto más «oscuro», según reciente revelación del científico Bob Lazar, quien trabajara por esos años en la ultra secreta área 51 (hangar 8) del desierto de Nevada, donde afirmó ver naves alienígenas en poder de los norteamericanos. Estas afirmaciones y otras antes comentadas, servirían de tema a la serie *Abducido*, de Steve Spielberg, Cuba, al igual que la mayoría de los países del orbe, con un muy limitado desarrollo científico y tecnológico en el campo de la aeronáutica, asumió el nuevo estado de opinión reinante a través de dos cauces bien definidos: la iniciativa particular y los medios de comunicación. El primero de los cauces esbozados se caracterizaría por un número de personas que de manera espontánea empezaron a recopilar información. Si bien estas personas no tenían conocimiento del tema OVNI, si lo tenían de la Física, la Astronomía y otras ciencias complementarias. Sin obviar algo muy importante, algunos habían vivido la experiencia de uno o más avistamientos. En cuanto a los medios de comunicación, dos serían los dominantes: el periodismo y el cine. Los diarios y revistas nacionales reprodujeron artículos de especialistas y periodistas extranjeros, así como del país. En ambos casos, tales trabajos mostraban casi siempre un gran despliegue visual sobre la base de reproducir el supuesto testimonio fotográfico o el concebido de oídas por los ilustradores gráficos. El cine, en particular el norteamericano, tuvo una mayor penetración e influjo que el periódico en el ámbito comunicativo aludido. Entre las causas que contribuyeron a este protagonismo, merecen destacarse el auge experimentado por el cine de ciencia ficción en los 50, en correspondencia con la primera gran oleada de OVNI

reportada a nivel mundial; el interés del cubano por el llamado séptimo arte desde mucho antes, y que hizo por entonces de Cuba, proporcionalmente, el mayor mercado cinematográfico de América Latina; y el alto grado de credibilidad del lenguaje cinematográfico, superior al de otros medios de comunicación de masas de la época, y su poder de persuasión sobre la base de un registro artístico de la realidad de novedoso carácter naturalista, con el cual bien se avino un hecho particularmente polémico y controvertido como el estudiado.

A este contexto responderán los primeros testimonios orales y visuales sobre avistamientos de OVNI y abducidos recogidos en nuestro país, según consigna el libro inédito de Carlos Rafael Sánchez Almenares *OVNI por siempre*. De los orales, destaca el caso de Juan González, trabajador de la florería El Gladiolo, de Camajuaní (actual provincia de Villa Clara), quien fuera abducido a las once de la mañana del 3 de marzo de 1952, y devuelto a la misma hora y en el mismo lugar el 3 de abril de dicho año. De los visuales, la que parece ser la primera fotografía de un OVNI captado en cielo cubano, hecha por el matancero Guillermo Sinque dos meses después del antedicho suceso (17 de julio). Y, también, el primer hecho cultural relacionado con el tema de verdadera trascendencia mediática, acontecido en La Habana el 28 de diciembre de 1954. Al amanecer de ese día, en los terrenos aledaños a la Ciudad Deportiva, se empezó a ver algo parecido a un platillo volador. En la medida que la mañana levantaba, no sólo creció el número de curiosos, sino que a estos se le unieron fuertes contingentes de la policía, el ejército y los bomberos. Bajo el azul cielo del invierno capitalino se reeditaba una de las escenas más tensas del filme *El día que paralizaron la Tierra*. Pero a diferencia del guión cinematográfico, al abrirse la portezuela, no descendieron *marcianos*, sino tres bellas modelos —entre otros artistas de la televisión— contratadas por la cerveza Cristal para un bien calculado golpe publicitario. Sólo entonces se llamó en cuenta que era el Día de los Santos Inocentes. Este hecho fue recogido por las dos emisiones del noticiero nacional de televisión, así como por los periódicos y revistas de la capital. El travestismo instrumentado por los artistas de la televisión cubana, en un momento en que ésta sólo era segunda de la de los Estados Unidos, y la deliciosa composición musical resultante de tal burla, compuesta en el ritmo de moda, el *Cha cha cha*, no dejarían lugar a dudas en cuanto a un nuevo y muy particular momento de la ovnilogía nacional, en el que dos componentes esenciales de la idiosincrasia del cubano, el humor y la música, se dieron la mano, para hacerla parte inalienable de nuestra identidad. Dos años después, en el despejado mediodía del sábado 17 de mayo de 1956, la fotografía volvía a sentar pauta, cuando la lente del periodista gráfico Zayas, al enfocar el obelisco del monumento a José Martí, por entonces en proceso de construcción (otrora Plaza Cívica y hoy Plaza de la Revolución José Martí), fotografió un OVNI en pleno vuelo, antes de realizar una inusual y silenciosa maniobra que lo alejaría del lugar.



Ovni 1

Ovni sobrevolando la entonces Plaza Cívica de la República, actualmente Plaza de la Revolución, en el municipio Plaza, Ciudad de La Habana, Cuba, el sábado 17 de mayo de 1956. Fotografiado por el reportero gráfico Zayas del semanario habanero Gente.

A mediados de los 60 la prensa cubana volvió a hacerse eco del fenómeno OVNI, en correspondencia con una nueva gran oleada a nivel mundial. En esta ocasión, fue destacable el interés que se tomó el escritor cubano Oscar Hurtado por promocionar tal evento. Mientras que el semanario *Pionero*, para niños, publicaba varias historietas ilustradas con el tema de la vida extraterrestre y los OVNI. Pasada la década, el ya de por sí restringido ámbito ufológico nacional, se sumió en un mutismo mediático. Sin embargo, ello no fue óbice para que de manera espontánea se crearan proyectos, sociedades y círculos de interés, y sus miembros, aficionados al estudio y la investigación del fenómeno, se dieran en perpetuar y continuar el legado heredado, como sólo podía emanar del trabajo constante y la verdadera vocación. Con este esfuerzo se avino, por una parte, la radio y, por la otra, los talleres literarios de ciencia ficción. El primer medio del modelo comunicativo cubano de la época —seguido ya muy de cerca por la televisión—, sirvió de plataforma divulgativa a personas y grupos de interés en localidades de provincia y en la capital. Aunque, por lo general, fueron poco favorecidos por los horarios que le brindaban las emisoras de radio, lograron mantener vivo el interés por el tema y, al mismo tiempo evidenciar que el tema estaba vivo. A partir de los 80 el auge de los talleres literarios de ciencia ficción, sin dudas, particularizó el ámbito literario nacional. A las primeras obras de la literatura cubana contemporánea en ese gustado género, como, por ejemplo, la fotonovela de Daína Chaviano *Los mundos que amo* (1982), se sumó entonces la avalancha de filmes de ciencia ficción norteamericanos, que marcaron una nueva forma de ver el género a tenor con la revolución tecnológica en la electrónica y los avances de la ciencia espacial. En esta línea resultarían emblemáticos los de George Lucas (*Guerra de las galaxias*), Stanley Kubric (*2001 Odisea del espacio*) y Steven Spielberg (*Encuentros cercanos de tercera clase* y *ET, el extraterrestre*), así como el serial televisivo *Los expedientes X*, que ocupara el lugar 20 en la selección de los cien mejores programas de televisión de todos los tiempos, según encuesta hecha a fines del siglo. Sin olvidar dos filmes del soviético Andrei Tarkovski: *Solaris* y *Stalker*. De los grupos o círculos de aficionados que dieron cuenta de este momento de la ovniología cubana, merecen citarse el *Konstantin E. Tsiolkovski* (La Habana, 1975),

Encuentro cercano (La Habana, 1980), *Paleocontacto* (La Habana, 1985) y *Albert Einstein* (Matanzas, 1985). Últimamente, GEFU o Grupo de Estudio de los Fenómenos del Universo (Cienfuegos, 1996), PIFAM o Proyecto para la Investigación de los Fenómenos Anómalos en Matanzas (Matanzas, 1997) y el Comité Gestor de reciente creación, 14 de Noviembre del año 1998, presidido actualmente por el ufólogo y especialista de meteorología Orestes Girbau Collado.

Como consecuencia de los cambios políticos, tecnológicos, económicos y estéticos operados en el mundo y en el país a partir de los 90, empezó una nueva etapa para la actividad de investigación y divulgación del fenómeno OVNI en la Isla. Gracias al trabajo sostenido durante casi dos decenios, éste se allegó al cambio con toda la originalidad y vitalidad que la nueva realidad demandaba de las más variadas disciplinas y manifestaciones de la cultura nacional. Su carácter pseudo científico, más que impedimento, devino estímulo. La parasicología, la paraciencia, la astrofísica, la astrología, los enigmas antiguos y, por supuesto, los OVNI, entre otros temas, se hicieron de un espacio relativamente estable en determinadas reuniones y salones, donde se aludía a verdades casi siempre cuestionables, pero previsoras de un mundo cada vez más renuente a que en él prevalecieran formas únicas e inmutables de conocimiento. Lo desacertada de la creencia que podía inferirse de estos reducidos ámbitos de emisión en consonancia con una supuesta minoría receptora, recibiría un rotundo mentís un lustro después, cuando al tema se le dio un espacio en los medios —en particular, la televisión—, constatándose su preferencia en el nuevo contexto mediático, como una forma más de salvaguarda y expresión de la diversidad en la unidad. En este sentido fue reveladora la anticipación visual que en 1993 trajo consigo el serial televisivo *Shiralad*, dirigido por Jorge Luis Jiménez. Transmitido en el horario de las aventuras (7:30 p.m.), este serial fue el primero de su tipo en abordar una temática de ciencia ficción y hacerlo con buen nivel actoral, el que se vio respaldado por un no menos interesante trabajo de diseño escenográfico y vestuario, algo poco frecuente en dicho espacio. El contacto entre civilizaciones de distintos sistemas planetarios, que se encuentran en fases diferentes de su desarrollo civilizatorio, sitúa la trama en un mundo extraterrestre, al que por algún accidente espacio-temporal, los terrícolas visitaron millones de años atrás. En 1997 se filmaba *OVNI, ¿en Cuba?*, documental dirigido por Octavio Cortázar, Armando Linares y Hugo Parrado. Vale destacar el testimonio oral de los entrevistados, mujeres y hombres de pueblo, de todas las edades, y su consecuente plasmación a través de un discurso franco y ameno. La novedad de *OVNI, ¿en Cuba?* en relación con la rica tradición documentalística nacional, residirá, por consiguiente, en el tema y su tratamiento verista; esto último, dado por el profesionalismo de sus realizadores, quienes en ningún momento recurrieron a manipulaciones visuales y verbales que influyeran en los criterios y respuestas de los entrevistados, quedando así expuestas, como un valor expresivo más del documental, las particularidades del habla popular en los ámbitos naturales donde ocurrieron los avistamientos, y, en consecuencia, la sencillez y honestidad con que narran sus experiencias con OVNI.

Estos esfuerzos, iniciativas y aportes, contribuirían a familiarizar el contexto mediático de los 90 con el tema, como paso previo a su posterior aceptación, no así a su divulgación, proporcionalmente, casi inexistente, si atendemos a su reclamo por parte de la población receptora. Aspecto este último, que si bien no siempre se le ha dado la debida prioridad por parte de los medios, sí lo ha sido del programa

televisivo *Pasaje a lo desconocido*. Su altísimo *rating* en la programación de la televisión cubana desde 1997, data de su salida al aire, en no poca medida se lo debe al tema OVNI. El 14 de mayo del 2006, su conductor, Reinaldo Taladrid, al referirse a una encuesta realizada entre los televidentes, daba dos datos reveladores: el 90 por ciento de la correspondencia recibida en el programa relacionada con el tema OVNI y la existencia de vida inteligente fuera del planeta, disenta de los criterios en contra que sobre ambos tópicos venía sosteniendo en los debates televisivos el representante de la Academia de Ciencias de Cuba, Dr. Oscar Álvarez Pomares. Esto explica, como es de comprender, que en dicha encuesta ocupara este científico el primer lugar entre los invitados más recordados por la tele audiencia. Saque usted, estimado lector, sus propias conclusiones. Sin embargo, no se puede decir lo mismo del diarismo. «Lo cierto es que la prensa cubana —escribe Carlos Rafael Sánchez Almenares en su citado libro—, ni antes ni ahora, dio mucha cobertura a informaciones referidas a estos fenómenos». Otro tanto ha sucedido con la comunidad científica. Al respecto comenta el investigador y profesor Enrique Pérez: «Una buena parte de los funcionarios de la Ciencia en Cuba no acepta la idea de que los OVNI sean naves tripuladas por criaturas inteligentes provenientes del espacio exterior, pero apoyan con entusiasmo los proyectos de investigación SETI». (5)

Así las cosas, cuando el *Juventud Rebelde* del domingo ... de octubre de 1995, le dedicó las dos páginas centrales al caso «Zárate», lo excepcional del hecho periodístico, más que desmentir la regla, la confirmó. Este caso iniciaría la contemporaneidad en las investigaciones relacionadas con el fenómeno OVNI en Cuba. La novedad y el interés humano que despertó el artículo, contrasta con el vacío informativo que sobrevino luego en la prensa. No obstante, es oportuno reiterar que este suceso periodístico sólo es posible de entender a partir de la perspectiva que se le abrió al tema en el contexto epocal antes aludido. A lo que no menos contribuyó la juventud de los dos periodistas que lo firmaron, así como la condición de órgano de la Juventud Comunista del semanario. No es casual, pues, que hubiera que esperar un lustro, para que otro periodista de reciente promoción, el entonces editor de la revista santaclareña *Signos*, Carlos Alé Mauri, en el número 45 del 2000, volviera a poner de relieve la pertinencia del fenómeno como información de permanente interés humano. La cualidad que entrañó este suceso editorial a inicios de un nuevo siglo, comprendió cuatro aspectos o causas: la inexistencia en el ámbito mediático nacional de la segunda mitad de siglo de un texto dedicado por entero al tema, el número de escritores e investigadores cubanos participantes en el mismo, el relieve realmente universal que se le dio a los contenidos desde una perspectiva mediática de estricto interés nacional, e invertir, por primera vez, la precedencia de la capital con respecto a la provincia, en lo que a eventos editoriales de estas características se refiere. De los 30 artículos que hicieron el número —con más de 300 páginas—, 28 fueron de autores cubanos y sólo 2 de extranjeros.

También en el 2000 se inició el proyecto *Los Límites de la Realidad*. De periodicidad semanal, a manera de encuentros abiertos de carácter teórico, didáctico y divulgativo, tuvo por sede la sala de proyección de la biblioteca Rubén Martínez Villena, de La Habana Vieja. Es de inferir que la formación cinematográfica de su principal promotor, Hugo Parrado, prevaleciera a la hora de concebir la metodología más adecuada para tales encuentros, la que bien puede homologarse

con la de los cines debates, de ilustre trayectoria en la formación de una cultura cinematográfica en el país. Esta metodología, *grosso modo*, contempló tres objetivos fundamentales: presentación del tema por un especialista, proyección de un documental relacionado con el asunto motivo de la conferencia y debate entre todos los asistentes para llegar a conclusiones críticas. En la actividad inaugural del proyecto *Los Límites de la Realidad*, realizada en febrero del 2000, tuvieron lugar la presentación del número antes comentado de la revista *Signos*. Cinco meses más tarde y coincidiendo con el Día Internacional del Investigador del Fenómeno OVNI (24 de junio), un grupo constituido por los investigadores Carlos Andrés García Rodríguez, Carlos Heredero y Carlos Rafael Sánchez Almenares, fundaban el espacio teórico divulgativo *Encuentro cercano*. Este espacio se diferenció del primero por su periodicidad anual, presentando la novedad de particularizarse por una imagen de identidad que cambia cada año, así como por integrar a los encuentros teóricos manifestaciones de las artes relacionadas con el tema. Justamente, es uno de sus fundadores, Carlos Andrés García Rodríguez, quien más ha contribuido con su obra escultórica y documentalística a la relación arte-fenómeno OVNI en el referido espacio. Con una concepción transgenérica del arte de no poca monta mítica, ha orientado el estudio de los dibujos rupestres cubanos de diseño geométrico, llamados por los arqueólogos «inexplicables», hacia una nueva dimensión del conocimiento, al plantearse con la digitalización tridimensional de tales dibujos los antecedentes de la arqueología virtual en la arqueología cubana. De estos trabajos dan fe tanto su obra escultórica como documentalística. Destacándose de esta última los siguientes trabajos: *Arcaño aborígen* (1998), *Dédalo aborígen* (2000), *Dimensión insospechada* (2001) y *Cacibajagua: una realidad olvidada*, documental este último, presentado en premier nacional en el programa televisivo *Prismas*, el jueves 4 de noviembre del 2004.

El fenómeno OVNI no sólo es ya un fenómeno a escala de toda la humanidad, sino también a escala de cada una de las culturas que conforman esta gran humanidad. Al margen de toda interpretación científica o no, él existe como hecho cultural. Y es que el Cosmos ha conformado tanto la evolución de la criatura humana como su cultura. Cuba no es la excepción. Los hechos más sobresalientes asociados con el fenómeno en nuestro país, tienen ya ese acento propiamente cubano que lo hacen, a una vez, nacionales y universales. Cuan cubano es el testimonio de Zárate, protagonista del caso ocurrido en Torriente, provincia de Matanzas, el 15 de octubre de 1995, cuando al referirse al OVNI, dice: «Bajó recto p'a bajo y se fue así, p'allá, p'al Sur, a millón, por arriba de las palmas». O este otro, de una mujer que, sin referencia alguna a su haber para explicar la experiencia tenida con un OVNI, lo compara con «una copa de Coppelia cuando tiene el helado arriba». O el que afirma, según su experiencia con el fenómeno, que «a los platillos les gusta posarse sobre las matas de mango». Mientras que el espirituario Dámaso González Salas, (6) abducido el amanecer del 18 de marzo del 2003, habla de los dos alienígenas que protagonizaron el hecho, como «gente con una facilidad de cara muy grande», dando a entender que sus facciones eran exactamente iguales a las de cualquier criatura humana bien parecida. Estos OVNI, vengan de donde vengan, verdaderos o imaginados, tripulados o no, forman ya parte de la ovniología cubana y de nuestra cultura. En consecuencia, hay que aceptarlos. Están entre nosotros... En nuestra historia, en el habla del pueblo, en los gestos, en las canciones; sobre palmas, ceibas y mangos; a la salida del sol o a la puesta, de día o de madrugada, sobre La Habana, Santa Clara o Las Tunas... No importa de qué

desconocidos mundos provengan, porque la expresión fácil del hombre común se posesionará de ellos cuantas veces lo señale con su democrático índice y lo nombre, tal y como acontece en el siguiente hecho: «Yo iba en mi auto por la Avenida del Puerto a eso de las 5 de la mañana, y ya cerca del Castillo de la Punta miro para la bahía y veo un platillo no muy grande y bien alumbrado. Sus colores eran intensos y no hacía ruido. Volaba a poca distancia del mar. La noche estaba muy oscura y todo aquello me resultaba muy bonito. El platillo iba sereno, entrando a la bahía, y yo iba en sentido contrario. Subió un poco verticalmente y luego desapareció a una velocidad muy grande. En eso siento una voz que me dice: “Oye, coño, ¿viste eso?” Y miro: era un tipo que me pasó por el lado en un Moskvich... Iba que jodía.»

REFERENCIAS

1. Para mayor información consultar el artículo de Carlos Blanco Godínez, «Los OVNIs en las relaciones internacionales»
2. Thelvia Marín: Bayamanaco: nuestro primer extraterrestre. Conferencia leída en la sala de la biblioteca Rubén Martínez Villena, La Habana Vieja, en junio de 2006. El epíteto dado a este dios taíno y que sirve de título a la citada conferencia, fue acuñado por el investigador y físico cubano Bruno Henríquez.
3. José Antonio García Molina. Indígenas y criollos en los primeros versos escritos sobre Cuba, en Revista de la Biblioteca Nacional José Martí, enero-junio, 2004.
4. Contacto con seres extraterrestres en la antigüedad, recogidos en leyendas y relatos, orales o escritos, pertenecientes a las más disímiles culturas, convirtiéndose, en algunos casos, verdaderas epopeyas regionales y nacionales. También con este término se identifica un sin número de manifestaciones artísticas (pinturas, esculturas, grabados, arquitecturas, etcétera), que no se pueden explicar de otra forma, al menos coherentemente.
5. Siglas en inglés del programa de búsqueda de señales para detectar la existencia de civilizaciones extraterrestres (Search for Extraterrestrial Intelligence). Tuvo como objetivo inicial conducir una búsqueda científicamente verificable de una inteligencia en el Universo. Con un nuevo presupuesto de 100 millones de dólares se han ampliado las directrices: búsqueda en el espacio de impulsos electromagnéticos constantes en la banda de las microondas; rastreo de alta resolución de señales procedentes de estrellas semejantes al sol, situadas a cien años luz de la Tierra.
6. Al revisar este texto, llegó la noticia del fallecimiento de Dámaso González Salas, a mediados de abril del 2006.